

como el palacio de Nesle, pertenece al rey, y no puede creerse que seáis en Francia más que el rey.

Benvenuto buscó con la mirada á su alrededor, y vió en el muelle un guardacantón descuajado que no hubieran podido mover dos hombres de fuerzas regulares; se dirigió á él y se lo echó á hombros con la misma facilidad con que un niño hubiera cogido un adoquín ordinario. Pero apenas hubo dado algunos pasos, reflexionó que aunque consiguiera echar la puerta abajo, se encontraría detrás de ella con la guardia interior, que le encarcelaría, en aquellos momentos precisamente en que de su libertad dependía la de Ascanio. Soltó, pues, el guardacantón, que por efecto de su propio peso se hundió en tierra algunas pulgadas.

Sin duda el preboste le estaba mirando por algún invisible postigo, porque Benvenuto volvió á oír sus carcajadas. Para no dejarse dominar por la tentación de romperse la cabeza contra aquella puerta, se alejó el orfebre rápidamente, encaminándose al palacio de Etampes. No podía creer que se hubiera perdido todo. Ya que no había logrado ver á Ascanio, trataría de ver á Colomba. Tal vez aquél, en alguna expansión amorosa, hubiera confiado á su amada el secreto que se negó á comunicar á su maestro.

Al principio fué todo muy bien. La puerta del palacio estaba abierta y Cellini pudo llegar hasta la antecámara, donde estaba un lacayo de gran librea, galoneada en todas las costuras; un coloso de cuatro pies de ancho y seis de alto.

—¿Quién sois?—preguntó á Benvenuto, mirándole de pies á cabeza.

En cualquiera otra circunstancia el orfebre hubiera respondido á aquella mirada insolente con alguna de las violencias que le eran habituales; pero como se trataba de ver á Colomba y de salvar á Ascanio, se contuvo.

—Soy Benvenuto Cellini, el orfebre florentino—respondió.

—¿Qué deseáis?

—Ver á la señorita Colomba.

—La señorita Colomba no está visible.

—¿Y por qué no está visible?

—Porque su padre, el señor de Estourville, preboste de París, ha confiado su guarda á la señora duquesa de Etampes, recomendándola que vele por ella.

—Pero es que yo soy un amigo.

—Precisamente por eso sois sospechoso.

—Pues de todos modos os digo que necesito verla—dijo Benvenuto, que comenzaba á aca- lorarse.

—Pues yo os digo que no la veréis.

—¿Y la duquesa de Etampes? ¿Está visible?

—Ni más ni menos que la señorita Colomba.

—¿Ni aun para mí, que soy su orfebre?

—Para vos menos que para nadie.

—¿Es decir, que me está prohibida la entrada?

—Lo habéis acertado. Eso es, precisamente.

—¿Sabes tú que yo soy un hombre muy caprichoso—dijo Benvenuto al lacayo con aquella

sonrisa que precedía en él, siempre, á las explosiones de cólera—, y que precisamente cuando no quieren dejarme entrar es cuando entro?

—¿Y cómo hacéis? Decídmelo; me gustaría saberlo.

—Pues cuando hay una puerta cerrada y un estafermo como tú...

—¿Qué?

—¿Qué?—dijo Benvenuto uniendo la acción á la palabra—. Volteo al chusco y echo abajo la puerta.

Al mismo tiempo, Cellini, de un puñetazo, hacía rodar por el suelo al lacayo, y de una tremenda patada derribaba la puerta.

—¡Auxilio, auxilio!—gritó el lacayo.

Pero el grito de angustia del pobre diablo era innecesario; al atravesar la puerta se encontró Benvenuto frente á seis lacayos, que parecían estar esperándole. Adivinó que la duquesa de Etampes, enterada de su regreso, había tomado todo género de precauciones.

En cualquiera otra circunstancia, armado como estaba con su puñal y su espada, Benvenuto se hubiera lanzado contra aquella gente, y la hubiera dispersado de fijo; pero tal acto de violencia en el palacio de la amante del rey, podía tener terribles consecuencias. Por segunda vez, contra su costumbre, la razón pudo en él más que la cólera, y seguro al menos de poder llegar hasta el rey, en cuyo palacio estaba autorizado para entrar á cualquier hora, volvió á la vaina la espada que había sacado á medias, retrocedió, y, deteniéndose á cada movimiento como el león que se bate en retirada, atravesó lentamente el vestíbulo, luego el patio, salió á la calle, y se encaminó al Louvre.

Aquella vez Benvenuto había recobrado su aspecto de tranquilidad y la seguridad en el andar, pero esta tranquilidad sólo era aparente: en sus adentros se forjaba una cólera terrible y sombría, y de su frente brotaban gruesas gotas de sudor. Padecía horribles tormentos que en vano trataba de dominar. Nada era más opuesto á su violenta naturaleza que la espera inactiva, que el obstáculo inerte de una puerta cerrada, que la negativa grosera de un lacayo insolente. Los hombres fuertes, á los cuales obedece el pensamiento, sufren las mayores desesperaciones cuando luchan inútilmente con un obstáculo material. Benvenuto hubiese dado diez años de su vida porque le tropezara un hombre á quien poder castigar en el acto, y, según andaba, levantaba de vez en cuando la cabeza mirando con terrible expresión á cuantos pasaban á su lado, como diciéndoles: «¡A ver! ¿Hay entre vosotros alguno que esté cansado de vivir? Si lo hay, que se entienda conmigo, y lo despenaré.»

Un cuarto de hora después entraba Cellini en el Louvre y se detenía en la sala de pajes preguntando por Su Majestad, á quien necesitaba hablar inmediatamente. Quería contárselo todo; hacer un llamamiento á su lealtad, y si no obtenía permiso para libertar á Ascanio, solicitar, por lo menos, autorización para verle; durante

todo el camino había pensado lo que iba á decir al rey, y como tenía la pretensión de ser elocuente, quedó satisfecho del discurso que había preparado. En efecto, todos aquellos sucesos, todas aquellas noticias de que se había enterado súbitamente, todos los ultrajes que había sufrido, los obstáculos que no había podido vencer, encendían la sangre en las venas del irascible artista: sus sienes latían, su corazón palpitaba violentamente, sus manos temblaban. El mismo no sabía qué excitación ardiente duplicaba las energías de su cuerpo y de su alma; á veces, un día de vida se concentra en un minuto.

En esta disposición se encontraba al dirigirse á un paje solicitando entrar á ver al rey.

—El rey no está visible—le contestó el joven.

—¿No me conocéis?

—Al contrario, os conozco perfectamente, maestro.

—Me llamo Benvenuto Cellini, y para mí siempre está visible el rey.

—Precisamente porque os llamáis Benvenuto Cellini es por lo que no podéis entrar.

—¡Ah! ¿Sois vos?—continuó el paje dirigiéndose á un cortesano que había llegado al mismo tiempo que Cellini—. ¿Sois vos, señor de Fermes? Entrad, conde de la Faye; entrad, marqués de Prés.

—¿Y yo? ¿Pero y yo?—preguntó Benvenuto pálido de cólera.

—¿Vos? Hace diez minutos—dijo el rey al volver á palacio: «Si se presenta ese insolente florentino, decidle que no quiero verle, y aconsejadle que sea dócil si no quiere comparar el Châtelet con el castillo de Sant-Angelo.»

—¡No me abandones, paciencia, no me abandones!—murmuró Cellini con sorda voz—, porque lo cierto es que no estoy acostumbrado á que me hagan esperar los reyes. El Vaticano vale tanto como el Louvre, y León X como Francisco I, y sin embargo yo no he esperado nunca á la puerta del Vaticano, yo no he hecho antesala en las habitaciones de León X. ¡Ah, ya comprendo! El rey estaba en casa de su amante; el rey acaba de regresar de casa de la duquesa de Etampes y ella le ha predisposto en contra mía. ¡Eso es! ¡Paciencia por Ascanio, paciencia por Colomba!

A pesar de esta razonable resolución de tener paciencia, Benvenuto tuvo necesidad de apoyarse en una columna; su corazón se hinchaba; sus piernas flaqueaban. Aquella última afrenta no mortificaba solamente su orgullo, sino que le hería en su amistad. Su alma estaba llena de amargura y de desesperación; sus labios apretados, su mirada triste, sus manos crispadas revelaban la violencia de su dolor.

Al cabo de un minuto, logró reponerse; echó atrás con un movimiento de cabeza sus cabellos, que le caían sobre la frente, y salió con paso firme y resuelto. Todos los que había allí le miraron respetuosamente cuando se alejaba.

Si Benvenuto parecía tranquilo, era gracias al inaudito dominio que tenía sobre sí mismo,

porque en realidad estaba más confuso y más desesperado que un ciervo perseguido por una jauría. Anduvo algún tiempo por la calle sin saber adónde se dirigía, sin ver más que una nube, sin oír más que el zumbido de la sangre en sus oídos, preguntándose vagamente á sí mismo, como suelen hacer los ebrios, si dormía ó estaba despierto. Era la tercera vez que le despedían en una hora. Era la tercera vez que á él, Benvenuto, favorito de príncipes, de papas y de reyes, le daban con la puerta en las narices; á él, ante quien las puertas se abrían de par en par al acercarse el ruido de sus pasos. Y á pesar de aquella triple afrenta, no le era posible abandonarse á su cólera; tenía que aguantar su rubor y soportar su vergüenza hasta que hubiese salvado á Colomba y á Ascanio. La muchedumbre que pasaba á su lado despreocupada, apacible ó entretenida, se le antojaba á él que leía en su rostro la triple injuria que acababa de recibir. Fué aquél tal vez el único momento de la vida en que su alma humillada dudó de sí misma. Pero al cabo de un cuarto de hora de esta fuga errante, desordenada, á ciegas, volvió en sí y levantó la cabeza; el abatimiento le dejó y volvió á sentir la fiebre.

—¡Vamos!—exclamó en voz alta sin darse cuenta—, han podido pisotear al hombre, pero no abatirán al artista. ¡Vamos, escultor! Procura que se arrepientan de su acción al admirar tu obra. ¡Vamos, Júpiter! Demuestra que eres todavía, no el rey de los dioses, sino el señor de los hombres.

Y conforme decía estas palabras, Benvenuto, arrastrado por un impulso más poderoso que él mismo, apretó el paso hacia las Tournelles, antigua residencia real, habitada entonces por el condestable Montmorency.

Le fué preciso al impaciente Cellini esperar una hora que le llegara su turno de entrar á ver al ministro-soldado de Francisco I, á quien sitiaba una nube de cortesanos y de pedigüenos. Por fin entró.

Montmorency era un hombre de elevada estatura, un poco encorvado por la edad, frío, rígido, seco, de mirada viva y palabra breve; regañaba constantemente, y nunca se le había visto de buen humor. Se hubiera creído humillado si alguien le sorprendiese riendo. ¿Cómo era posible que aquel viejo gruñón hubiese sido del agrado del amable príncipe que gobernaba entonces á Francia? Sólo puede explicarse esto por la ley de los contrastes. Francisco I poseía el secreto de lograr que se separaran de él contentos aquellos á quienes negaba lo que habían ido á pedirle; el condestable, por lo contrario, hacía que se fuesen disgustados aquellos á quienes complacía. Siendo su inteligencia vulgar, inspiraba confianza al rey por su inflexibilidad militar y su seriedad de dictador.

Cuando entró Benvenuto, estaba paseándose por su habitación de arriba á abajo, según su costumbre. Contestó con un movimiento de cabeza al saludo de Cellini, y luego, parándose de re-

pena y fijando en él su penetrante mirada, le preguntó:

—¿Quién sois?

—Benvenuto Cellini.

—¿Qué profesión tenéis?

—Orfebre del rey—contestó el artista extrañado de que su primera respuesta no hubiese hecho innecesaria la segunda pregunta.

—¡Ah, sí! Es verdad—gruñó el condestable—, ya os reconozco. ¿Qué queréis? ¿qué deseáis, amigo mío? ¿Que os haga algún encargo? Si confiáis en ello, habéis perdido el tiempo, os lo advierto. ¡Palabra de honor! No entiendo una palabra de esa manía de las artes que se extiende hoy por todos lados. Parece una epidemia que ataca á todo el mundo. No; la escultura no me interesa, maestro orfebre, ¿lo oís? Así, pues, dirigíos á otro, y adiós.— Benvenuto hizo un movimiento—. Pero os ruego—continuó el condestable—que no os molestéis por eso; no os faltarán cortesanos que quieran imitar al rey, ni ignorantes que se las den de competentes. En cuanto á mí, no lo olvidéis, me atengo á mi oficio, que es dirigir campañas, y prefiero una buena aldeana que dé cada diez meses un hijo, es decir, un soldado, á un desdichado estatuario que pierda el tiempo en hacer monigotes de bronce que sólo sirven para cargar los cañones.

—Monseñor—dijo Benvenuto, que había escuchado aquella sarta de herejías con una paciencia que á él mismo le asombraba—, no vengo á hablaros de asuntos de arte, sino de asuntos de honor.

—Eso es otra cosa. ¿Qué desáis de mí? Decidlo pronto.

—¿Recordáis, monseñor, que Su Majestad me dijo en vuestra presencia que el día que le llevara la estatua de Júpiter fundida en bronce me concedería la gracia que le pidiera, y que os encargó á vos y al canciller Poyet que le recordárais su promesa si la hubiera olvidado?

—Lo recuerdo. ¿Qué más?

—Pues bien, monseñor; se acerca el momento en que os suplicaré que tengáis memoria para recordarle al rey su palabra. ¿La tendréis?

—¿Es eso lo que veniais á pedirme? ¿Me habéis molestado para rogarme que haga lo que debo?

—¡Monseñor!

—¡Sois un impertinente, señor orfebre! Sabed que el condestable Montmorency no necesita que le exciten á cumplir su deber. El rey me encargó que tuviese memoria por él, precaución que debiera tomar más á menudo, dicho sea sin ofenderle; pues bien, la tendré, aunque pueda parecer importuno. Adiós, maestro Cellini. ¡Que entre otro!

El condestable volvió la espalda al orfebre é hizo seña de que pasara otro. Benvenuto saludó al condestable, cuya brusca franqueza no le desagradaba, y siempre animado por la misma fiebre, siempre impulsado por la misma idea, se presentó

en casa del canciller Poyet, que vivía cerca de allí, en la Puerta de San Antonio.

El canciller Poyet era el polo opuesto del condestable Montmorency. Frio, amable, envuelto en pieles, como perdido entre los armoños, sólo se veía de él un cráneo á trechos calvo, á trechos cubierto de cabellos grises; unos ojos inteligentes é inquietos, unos labios delgados y unas manos blanquísimas. Era tan honrado como el condestable, pero tal vez no tan recto.

Allí tuvo que esperar Benvenuto casi media hora. Pero Benvenuto estaba desconocido: se había acostumbrado á esperar.

—Monseñor—dijo cuando fué recibido—, vengo á recordaros una palabra que el rey me dió á presencia vuestra, y de la cual os hizo, no sólo testigo, sino garantía.

—Ya sé lo que queréis decir, señor Benvenuto, y estoy dispuesto, si lo dudáis, á recordar á Su Majestad su promesa; pero debó advertiros que hablando como hombre de leyes, no tenéis derecho alguno, puesto que un compromiso adquirido de palabra y fiado á vuestra discreción, no es válido ante los tribunales y no puede equivaler á una escritura. De modo que si el rey os concede lo que le pidáis, será porque es un hombre leal y generoso.

—Esa misma es mi opinión, monseñor, y por eso os suplico tan sólo que tengáis la bondad de cumplimentar en tiempo y lugar oportunos la misión de que el rey os encargó, dejando lo demás á la benevolencia de Su Majestad.

—Enhorabuena. En esas condiciones, podéis contar conmigo.

Benvenuto salió de casa del canciller con el ánimo más tranquilo, pero con la sangre todavía hirviendo y las manos febriles. Su imaginación, exaltada por tantas impaciencias, tantas injurias y tantas cóleras, obligada á contenerse durante tanto tiempo, desbordaba al fin, al encontrarse en libertad; ni el espacio ni el tiempo existían ya para ella, y mientras Benvenuto regresaba á su casa á paso largo, volvía á ver como en un delirio luminoso á Estéfana, la casa de Rafael del Moro, el castillo de Sant'Angelo y el jardín de Colomba. Sentía en sí al mismo tiempo una fuerza sobrehumana, y le parecía vivir fuera del mundo.

Llegó al palacio de Nesle, presa de esta misma exaltación. Conforme él lo había ordenado, todos los obreros le esperaban.

—¡A fundir la estatua de Júpiter, hijos míos!— exclamó desde el umbral de la puerta. Y se encaminó al taller.

—¡Buenos días, maestro!—dijo Santiago Aubry, que había entrado detrás de Cellini, cantando alegremente—. ¿No me habíais visto ni oído? Hace cinco minutos que corro tras vos por el muelle, llamándoos á voces. Andábais tan de prisa, que vengo sofocado. ¿Pero qué tenéis todos, con esas caras de jueces?

—¡A la fundición!—repitió Benvenuto sin contestar á Santiago, á quien, sin embargo, había visto con el raballo del ojo y escuchado con un oído—. ¡A la fundición! ¡En ella estriba

todo! ¿Saldremos con bien, Dios mío? ¡Ah!— continuó en frases entrecortadas dirigiéndose tan pronto á Aubry como á los obreros—. ¡Ah, amigo mío, querido Santiago! ¡qué noticia tan triste me esperaba á mi regreso, cómo se han aprovechado de mi ausencia!

—¿Pero qué os pasa, maestro?—preguntó Aubry intranquilo por la agitación de Cellini y la tristeza de los obreros.

—Sobre todo, hijos míos, traed madera de pino bien seca. Ya sabéis que he hecho provisión de ella desde hace seis meses. ¿Que qué tengo, buen Santiago? Tengo, que Ascanio está preso en el Châtelet, y que Colomba, la hija del preboste, de la cual él estaba enamorado, ya sabéis, aquella encantadora muchacha, está en poder de la duquesa de Etampes, que es su enemiga. La encontraron dentro de la estatua de Marte, donde yo la había escondido. Pero ya la salvaremos. ¡Eh, eh! ¿Dónde vas, Hermann? La leña no está en la bodega, sino en el almacén.

—¡Ascanio preso!—exclamó Aubry—. ¡Colomba raptada!

—Sí, sí, algún espía infame les habrá acechado, y habrá revelado el secreto que hasta á vos mismo tuve yo buen cuidado de ocultar, querido Santiago. ¡Como yo le encuentre!... ¡A la fundición, hijos míos, á la fundición! Pero no es eso todo. El rey no quiere recibirme; á mí, á quien llamaba amigo suyo. ¡Cualquiera puede creer, después de eso, en la amistad de los hombres! Verdad es que los monarcas no son hombres, sino reyes. Así es que me he presentado en el Louvre inútilmente; no he podido ver al rey; no he podido decirle una sola palabra. Pero mi estatua hablará por mí. Preparad el molde, amigos míos; no perdamos un minuto. ¡Esa mujer que insulta á la pobre Colomba! ¡Ese preboste que se burla de mí! ¡Ese carcelero que tortura á Ascanio! ¡Oh! ¡Qué terribles visiones he tenido hoy, querido Santiago! Daría diez años de vida; sí, se los daría á quien pudiera llegar hasta el preso, hablarle y traerme el secreto por medio del cual puedo dominar á la soberbia duquesa. Porque Ascanio sabe un secreto que puede hacer eso, ¿oís, Santiago? y se ha negado á confiármelo, ¡noble corazón! Pero es igual; no temas, Estéfana; no temas por tu hijo, que yo le defenderé hasta exhalar el último aliento de mi vida; ¡le defenderé y le salvaré! ¡Ah! ¿Dónde está el traidor que nos ha vendido para que yo pueda ahogarle entre mis manos? Que yo viva aunque sólo sea tres días más, Estéfana, pues me parece que el fuego que me abrasa va á consumir mi vida... ¡Oh! ¡Si me muriera sin poder acabar mi Júpiter! ¡A la fundición, hijos míos, á la fundición!

Al oír las primeras palabras de Benvenuto, Santiago Aubry se puso espantosamente pálido, pues sospechaba que era él mismo la causa de todo lo ocurrido. Luego, á medida que Cellini hablaba, su sospecha se trocó en certidumbre, y sin duda se le ocurrió alguna idea, porque des-

apareció en silencio mientras Cellini, febril, corría seguido por sus obreros, y gritando:

—¡A la fundición, hijos míos, á la fundición!

XXXI

DIFICULTADES CON QUE TROPIEZA UN HOMBRE HONRRADO PARA LOGRAR QUE LE LLEVEN Á LA CÁRCEL

El pobre Santiago Aubry salió del palacio de Nesle desesperado. No podía dudarle; él era quien, involuntariamente, había hecho traición al secreto de Ascanio. ¿Pero quién le había hecho traición á él á su vez? De seguro que no sería aquel caballero cuyo nombre seguía ignorando Santiago, ¡qué había de ser! ¿Sería Enrique? ¿Sería Robin? ¡A menos que no fuera Guillermo!... A decir verdad, el pobre Aubry se perdía en conjeturas, pues había relatado la aventura á una docena de amigos íntimos, entre los cuales no le era fácil adivinar quién pudiera ser el culpable. Pero no importaba. El primero, el auténtico, el único traidor era él, Santiago, el espía infame á quien acusaba Benvenuto. En vez de guardar en lo más profundo de su corazón y bajo siete llaves el secreto sorprendido en casa de un amigo, lo había propalado en cincuenta sitios, y por culpa de su maldita lengua había causado la pérdida de Ascanio, de un hermano.

Aubry se arrancaba el pelo á puñados con tal desesperación, que por primera vez de su vida se puso á reflexionar. Después de todo, aunque se quedara su cráneo pelado, su pecho lleno de cardenales y cicatrices, y su conciencia hecha añicos, no por ello se salvaría Ascanio. En vez de perder el tiempo en desesperarse, hacía falta reparar el mal causado.

El buen Aubry se había fijado en estas palabras de Cellini: «Daría diez años de mi vida á quien pudiera penetrar hasta donde se encuentra Ascanio, hablar con él y traerme el secreto por medio del cual puedo yo doblegar á esa altiva duquesa.» Y como, según hemos dicho, contra su costumbre se había puesto á reflexionar, acabó por comprender que era indispensable penetrar en el Châtelet, pues una vez allí, ya se las arreglaría él para llegar hasta Ascanio.

Pero había sido inútil que Benvenuto pretendiera entrar como visitante, y á Santiago no le pasó por las mientes siquiera la idea de intentar una cosa en la cual había fracasado el maestro. Ahora bien, si no era posible entrar en calidad de visitante, debía ser la cosa más fácil del mundo entrar en calidad de preso, ó al menos así lo creía el curial. Entraría, pues, de este modo, y cuando hubiera visto á Ascanio y Ascanio le hubiera confiado el secreto, y no tuviera ya nada que hacer en el Châtelet, saldría é iría en busca de Benvenuto con el secreto salvador, no para reclamar los diez años de vida que había ofrecido, sino para confesarle su crimen y pedirle perdón. Encantado con la

riqueza de recursos de su imaginación, se encaminó al Châtelet.

—Veamos—pensaba andando resueltamente hacia la prisión objeto de sus aspiraciones—. Para no cometer nuevas torpezas, debo ponerme al corriente de la situación, lo cual no me parece fácil, pues toda esta historia está tan enredada como el hilo de Gervasia cuando me da la madeja para que yo se la tenga mientras ella devana, y yo me empeño en abrazarla sin soltar la madeja. Recapitulemos: Ascanio amaba á Colomba, hija del preboste. Bien. Como el preboste quería casarla con el conde de Orbec, Ascanio la raptó. Muy bien. Luego, no sabiendo qué hacer con ella, la escondió en la cabeza de Marte. Perfectamente. El escondite era magnífico, y si no hubiera sido por un animal que yo me sé... Pero dejemos esto; ya llevará ese animal su merecido. Parece



Aubry llamaba enérgicamente á la puerta del Châtelet.

que en virtud de mis indicios el preboste ha vuelto á apoderarse de su hija y ha metido en la cárcel á Ascanio. ¡Bruto de mí! Pero aquí es donde la madeja se enreda. ¿Qué tiene que ver la duquesa de Etampes en todo esto? Detesta á Colomba, á quien todo el mundo quiere. ¿Por qué? ¡Ay, ya caigo! Ahora recuerdo algunas bromas de los compañeros, la confusión de Ascanio cuando le hablaban de la duquesa... ¡Está enamorada de Ascanio y, como es lógico, aborrece á su rival! ¡Bravo, amigo Aubry! ¡Eres un muchacho muy listo! Pero ahora, ¿cómo es que Ascanio tiene en su poder algo que pueda perder á la duquesa? ¿Qué papel pintan en todo este jaleo el rey y esa mujer que se llama Estéfana? ¿Por qué invoca Benvenuto á todas horas á Júpiter? Me parece una invocación demasiado pagana para un católico. No lo entiendo; pero tampoco es indispensable que lo entienda. La solución está en el calabozo de

Ascanio, y allí debo ir á buscarla. Lo esencial es, pues, entrar en ese calabozo. Luego pensaré en lo demás.

Diciendo esto, Aubry había llegado al término de su viaje y llamaba enérgicamente á la puerta del Châtelet. Abrióse el postigo, y una voz le preguntó qué deseaba: era la voz del carcelero.

—Quiero un calabozo ahí dentro—contestó Aubry con voz sombría.

—¿Un calabozo?—exclamó el carcelero asombrado.

—Sí, un calabozo; el más oscuro y el más profundo y aún será mejor de lo que merezco.

—¿Por qué?

—Porque soy un gran criminal.

—¿Qué crimen habéis cometido?

—¡Ah! ¿Que qué crimen he cometido? ¿Qué crimen habré cometido yo?—se preguntaba Aubry, que hasta entonces no había pensado en lo que habría de decir. Y como á pesar de sus entusiasmos de poco antes no era la rapidez de su imaginación su cualidad sobresaliente, volvió á preguntar: ¿Qué crimen?

—¿Eso es! ¿Qué crimen?

—¿A que no lo adivináis?—Y añadió aparte: Este mozo debe entender mucho más que yo de crímenes; me dará una lista, y yo escogeré el que mejor me parezca.

—¿Un asesinato?

—¡Por Dios! ¿Qué decis?—exclamó Santiago, cuya conciencia se rebelaba ante la posibilidad de que le tomaran por un asesino.

—¿Habéis robado?

—¿Robar yo? ¿Estáis loco?

—Entonces, ¿qué habéis hecho?—dijo el carcelero impaciente—. No basta que digáis que sois un criminal; es necesario que declaréis qué crimen habéis cometido.

—¡Pero si os aseguro que soy un malvado; que soy un miserable; si os digo que merezco el tormento!...

—¡El crimen, el crimen! ¡Decid lo que habéis hecho!

—¿El crimen? Pues bien; he hecho traición á un amigo!

—¡Eso no es un crimen!—dijo el carcelero—. Buenas noches—. Y cerró la puerta.

—¿Que no es un crimen eso? ¿Pues qué es entonces?

Santiago Aubry cogió el aldabón con ambas manos y llamó de nuevo con furia.

—¿Qué ruido es ese?—se oyó decir desde dentro á una voz que no era la del carcelero.

—Es un loco que quiere entrar en el Châtelet.

—Pues si es un loco, no es aquí, sino al hospital, donde debe ir.

—¿Al hospital?—dijo Santiago escapando á todo correr—. ¿Al hospital? ¡Demonio! Donde quiero entrar es en el Châtelet, y no en el hospital. Además, al hospital sólo se envía á los enfermos y á los mendigos, y no á los hombres como yo, que están sanos y tienen treinta escudos en el bolsillo. ¡Al hospital! ¿Habrás

visto?... ¿Pues no dice ese hombre que no es un crimen hacer traición á un amigo? ¿De modo que para tener la honra de ser encerrado en la cárcel, hay que asesinar ó robar? ¡Ah! se me ocurre una idea. ¿Por qué no he de haber seducido yo á alguna muchacha? Eso no deshonra. Sí, pero ¿á quién? ¿A Gervasia?—Y á pesar de su preocupación, el joven soltó la carcajada—. Después de todo, no ha sido así, pero podía haber sido. ¡Vaya, ya he dado con mi crimen: ¡he seducido á Gervasia!

Echó á correr hacia la casa donde vivía ésta, subió apresuradamente los sesenta escalones que conducían á su habitación, y se encontró de un salto en el centro de la estancia donde, en traje desaliñado pero coquetón, estaba la obrita planchando sus ropas.

—¡Ay!—dijo ella dando un grito—. ¿Qué susto me habéis dado!

—Gervasia, querida Gervasia—dijo Santiago acercándose á ella con los brazos abiertos—. Tienes que salvarme la vida.

—¡Despacio, despacio!—contestó ella utilizando la plancha como si fuera un escudo—. ¿Qué queréis, señor corretón? Hace tres días que no os habéis dejado ver.

—He hecho mal, Gervasia; pero soy un desgraciado. La prueba de que te quiero es que acudo á ti en mis apuros. Te lo rapito, Gervasia. Tienes que salvarme la vida.

—Ya comprendo. Os habréis embriagado en cualquier taberna y habréis reñido; os perseguirán para encarcelaros, y venis á suplicar á la pobre Gervasia que os dé hospitalidad. Pues no, y no; idos á la cárcel y dejadme tranquila.

—Eso es lo que yo deseo precisamente, linda Gervasia: ir á la cárcel; pero esos miserables se niegan á dejarme entrar.

—¡Dios mío! ¡Santiago!—exclamó ella compadecida—. ¿Estás loco?

—Eso dicen; que estoy loco, y me quieren meter en el hospital, siendo al Châtelet donde yo quiero ir.

—¿Que quieres ir al Châtelet? ¿Para qué? El Châtelet es una prisión espantosa. Dicen que los que entran en ella no salen fácilmente.

—Pues así y todo, es necesario que entre yo. Sólo así puedo salvarle.

—¿Salvarle? ¿A quién?

—A Ascanio.

—¿Qué Ascanio? ¿Aquel muchacho guapo, discípulo de tu amigo Benvenuto?

—El mismo, Gervasia. Está en el Châtelet por mi culpa.

—¡Dios mío!

—De modo que es necesario que entre yo también allí. Es necesario que le salve.

—¿Y por qué está en el Châtelet?

—Porque amaba á la hija del preboste y la ha seducido.

—¡Pobre muchacho! ¿Pero meten en la cárcel á los hombres por eso?

—Sí, Gervasia, mira: él la tenía escondida;

yo descubrí el escondrijo, y como un imbécil, como un miserable, se lo he contado á todo el mundo.

—Menos á mí. Siempre has de ser el mismo. —¿Que no te lo he contado?

—Ni una sola palabra. Sólo con los demás eres hablador, pero nunca conmigo. No vienes aquí más que para abrazarme, para beber ó para dormir; nunca para hablar. Y debes saber que á las mujeres nos gusta hablar.

—¿Pues qué estamos haciendo en este momento sino hablar?

—Sí; porque me necesitas.

—Es verdad. Tú podrías hacerme un gran favor.

—¿Cuál?

—Podrías decir que te he seducido.

—¿Y quién lo duda, mal hombre? ¡Claro que me has seducido!

—¿Yo?—exclamó Santiago asombrado—. ¿Yo te he seducido?

—¡Claro está! Esa es la palabra. Me has seducido con tus dulces palabras, con tus mentidas promesas...

—¿Con mis dulces palabras y mis mentidas promesas?

—Sí. ¿No me dijiste que era yo la muchacha más bonita del barrio de San Germán?

—Y todavía lo digo.

—¿No dijiste que si no te amaba te morirías de amor?

—¿Tú crees que he dicho eso? No me acuerdo, ¡la verdad!

—¿Pero que si te quería te casarías conmigo?

—¡Eso sí que no lo he dicho nunca!

—Sí que lo has dicho.

—Nunca, nunca, nunca, Gervasia. Mi padre me obligó á jurar, como Amílcar á Annibal.

—¿Qué juraste?

—Que me moriría soltero, como él.

—¡Oh!—exclamó Gervasia llamando, con esa maravillosa facilidad de llorar que tienen las mujeres, al llanto en auxilio de sus palabras—. ¡Así son todos! Prometer les cuesta poco, y prometen cuanto se quiere; pero luego, cuando la pobre mujer ha sido seducida, no se acuerdan ya de lo que prometieron. Pero yo también quiero hacer un juramento. No volveré á dejarme engañar.

—Harás bien, Gervasia.

—Cuando pienso—dijo ella—que hay leyes para los ladrones y los que cortan bolsas, y no las hay contra los pícaros que seducen á las pobres mujeres...

—Sí las hay, Gervasia.

—¿Sí?

—Sin duda. ¿No te estoy diciendo que han encerrado al pobre Ascanio en el Châtelet por haber seducido á Colomba?

—Pues han hecho muy bien—respondió Gervasia, que no había sentido nunca la pérdida de su honor como en aquel momento en que acababa de convencerse de que Santiago Aubry

no se casaría con ella—. Han hecho muy bien, y yo quisiera que te encerraran á ti con él.

—Lo mismo quiero yo, y por eso te digo que confío en ti para lograrlo, querida Gervasia.

—¿Que cuentas conmigo?

—Sí.

—No te rías, ingrato.

—No me río, Gervasia. Sólo digo que si tú tuvieras valor...

—¿Valor para qué?

—Para acusarme ante el juez.

—¿De qué?

—De haberte seducido. Pero no te atreverás.

—¿Cómo que no me atreveré?—dijo ella irridada—. ¿Que no me atreveré á decir la verdad?

—Mira que tendrás que jurarlo.

—Juraré.

—¿Eres capaz de jurar que te he seducido yo?

—Sí, sí, y cien veces sí.

—¡Magnífico! Yo tenía miedo de que no te atrevieras, porque un juramento es cosa grave.

—Pues sí, juraré; ahora mismo si hace falta; y os enviaré al Châtelet, caballerito.

—¡Muy bien!

—Y allí encontraréis á vuestro amigo Ascanio.

—¡Admirable!

—Y podréis hacer penitencia juntos.

—Eso es todo lo que deseo.

—¿Dónde está el juez de lo criminal?

—En el Palacio de Justicia.

—Allá voy.

—Vamos juntos, Gervasia.

—Sí, juntos; así no se hará esperar el castigo.

—Cógete de mi brazo—dijo Aubry.

—Vamos, caballerito—contestó la muchacha.

Y ambos se encaminaron al Palacio de Justicia, como si fueran á merendar, según solían hacerlo los domingos, al «Pré-aux-Clercs» ó á «Montmartre».

Pero á medida que se acercaban al templo de Themis, como Aubry llamaba poéticamente al monumento indicado, el paso de Gervasia iba moderándose. Al llegar al pie de la escalera, le costó trabajo subir, y ya á la puerta del juez, sus piernas se negaron á sostenerla, y Santiago notó que pesaba con todo su cuerpo sobre el brazo en que se había apoyado.

—¿Qué es eso, Gervasia?—la dijo—. ¿Te falta el valor?

—No; es que me impone mucho respeto el juez.

—Pues es un hombre como otro cualquiera.

—Sí; pero va á ser preciso contarle tales cosas...

—¿Y qué? Se las cuentas.

—Y tendré que jurar.

—Juras.

—Santiago: ¿estás seguro de haberme seducido?

—¡Vaya si estoy seguro! Además, ¿no me lo decías tú misma hace un momento?

—Sí que lo he dicho; pero, es muy raro, me parece que ya no veo la situación del mismo modo que la veía hace poco.

—Vaya; veo que desfalleces. Bien me lo temía yo.

—¡Santiago, querido Santiago! ¡Llévame á casa!

—Gervasia: no era eso lo que me habías prometido.

—No te volveré á reprochar nada. No te diré nada. Te he querido porque tú me amabas. Eso es todo.

—¡Lo que yo temía! Pero ya es demasiado tarde.

—¿Cómo demasiado tarde?

—Has venido aquí para acusarme, y me acusarás.

—No, Santiago, no; tú no me has seducido; es que yo he sido coqueta.

—¡Está bueno esto!

—Además, una no puede ser seducida más que una vez—dijo Gervasia bajando los ojos.

—¿Cómo una vez?

—Sí; la primera vez que ama.

—Pues tú bien me dijiste que no habías amado nunca.

—¡Santiago, llévame á casa!

—¡Eso sí que no!—exclamó Aubry exasperado por la negativa de Gervasia y por la razón en que la fundaba. ¡No, no, y no!—Y llamó á la puerta del juez.

—¿Qué haces?

—Ya lo ves: llamo.

—Entrad—dijo una voz gangosa.

—¡No quiero entrar!—dijo Gervasia haciendo esfuerzos para desprender su brazo del del curial—. No entraré.

—¡Entrad!—repitió la misma voz, más alto.

—Santiago, ¡mira que grito!

—¿Queréis entrar de una vez?—insistió la voz, ya más cerca, y se abrió la puerta.

—¿Qué deseáis?—dijo un hombre alto, delgado, vestido de negro, cuya voz hizo estremecerse á Gervasia de pies á cabeza.

—Es esta señorita—dijo Santiago—que quiere denunciarme por haberla seducido—. Y empujó á Gervasia al interior de la habitación oscura, sucia, repugnante, que servía de vestíbulo al despacho del juez de lo criminal. La puerta se cerró al mismo tiempo, impulsada por un resorte. Gervasia dió un grito, mitad de terror, mitad de sorpresa, y fué á sentarse, ó mejor dicho, se dejó caer sobre un escabel adosado á la pared.

Santiago, por temor á que Gervasia le llamase ó corriese tras él, escapó á toda prisa por los pasadizos, que conocía perfectamente, hasta el patio de la Santa Capilla, y desde allí salió tranquilamente al puente de San Miguel, por donde necesariamente tenía que pasar Gervasia.

Media hora después, la vió aparecer.

—¿Qué tal?—la preguntó—. ¿Qué ha ocurrido?

—¡Ay!—contestó ella—. Me habéis obligado á decir una mentira muy grande; pero confío en que Dios me la perdonará en gracia á la intención que me ha guiado.

—Tomo á mi cargo esa mentira—dijo Santiago.—Ahora dime lo que ha sucedido.

—¿Acaso lo sé yo? Estaba tan avergonzada, que apenas recuerdo lo que hemos hablado. Lo único que sé es que el señor juez me preguntó y que le he respondido unas veces sí y otras no, pero no estoy segura de haber contestado acertadamente.

—¡Desgraciada! ¿A que te has acusado á ti misma de haberme seducido?

—No; no creo haber dicho semejante cosa.

—¿Y le has dado mis señas para que puedan buscarme y llevarme preso?

—Sí; se las he dado.

—Menos mal. Confíemos ahora en que Dios hará lo demás.

Y después de acompañarla á su casa y consolarla lo mejor que pudo de la falsa declaración que se había visto obligada á prestar, se fué Santiago, lleno de confianza en la Providencia.

Y en efecto, sea que la Providencia interviniese, ó que la casualidad lo hiciera todo, ello fué que Santiago Aubry recibió al día siguiente una citación para que compareciese el mismo día ante el juez de lo criminal.

Esta citación colmaba sus deseos, y sin embargo, es la justicia cosa tan respetable, que al leer el documento, Aubry se estremeció sin poderlo remediar. Apresurémonos á decir que la certidumbre de volver á ver á Ascanio y el deseo de salvar al amigo cuya pérdida había ocasionado, disiparon rápidamente aquella impresión de debilidad del amante de Gervasia.

Se le citaba para las doce del día; eran las nueve de la mañana, y se le ocurrió que lo mejor que podía hacer era ir á ver á su amante, á quien encontró tan agitada como la víspera.

—¿Qué pasa?—le preguntó ella.

—¿Que qué pasa?—contestó Santiago con expresión de triunfo, enseñándole el papel cubierto de jeroglíficos que tenía en la mano—. ¡Mira!

—¿Para qué hora te citan?

—Para las doce. Eso es todo lo que he podido leer.

—¿De modo que no te has enterado de qué te acusan?

—Me figuro que de haberte seducido.

—¿No olvidarás que has sido tú quien exigió que te delatara?

—Si quieres, estoy dispuesto á firmarte un papel diciendo que tú te resistías tenazmente.

—¿Entonces no me guardarás rencor por haberte obedecido?

—Al contrario; te quedaré agradecido hasta más no poder.

—¿Sucedá lo que suceda?

—Sucedá lo que suceda.

—Además, si dije lo que dije, fué porque me vi obligada.

—¿Quién lo duda?

—Y si á causa de mi turbación he dicho algo que no hubiera querido decir, ¿me perdonarás?

—No sólo te perdonaré, sino que te perdono anticipadamente.

—¡Ah!—dijo Gervasia suspirando—. ¡Ah, gran pícaro! ¡Con esas palabras y otras semejantes me has perdido!

Se ve con claridad que Gervasia había sido seducida.

Hasta las doce menos cuarto no recordó Santiago que estaba citado para las doce. Se despidió de Gervasia, y como la distancia desde casa de ésta al Palacio de Justicia era larga, fué corriendo. Daban las doce cuando estaba llamando Aubry á la puerta del juez de lo criminal.

—¡Entrad!—gritó la voz gangosa que ya conocemos.

No fué preciso repetir la invitación; Santiago Aubry, con la sonrisa en los labios, la cabeza alta y el gorro inclinado sobre una oreja, entró en la habitación del hombre negro.

—¿Cómo os llamáis?—preguntó éste.

—Santiago Aubry.

—¿Qué sois?

—Curial.

—¿En qué os ocupáis?

—En seducir muchachas.

—¡Ah! ¿Entonces es contra vos contra quien presenté ayer una denuncia...

—Gervasia Perrette Popinot.

—Precisamente. Sentáos y esperad que os lleve la vez.

Obedeciendo al hombre negro, Santiago se sentó y esperó.

Cinco ó seis personas de rostro, edad y sexo diferentes esperaban como él, y como habían llegado antes que él, despacharon primero. Pero unas se iban solas, porque tal vez no resultaba cargo alguno contra ellas, y otras salían acompañadas por un soldado ó por dos guardias del prebostazgo. Santiago Aubry deseaba ardientemente que le cupiera la suerte de estas últimas, pues era evidente que se las llevaban al Châtelet, donde tantas ganas tenía él de entrar.

Por fin le llegó el turno. Se levantó y pasó al despacho del juez con una expresión tan jovial como si se tratara de la cosa más agradable del mundo. Había en el despacho del juez dos hombres: uno más alto, más delgado, más negro y más seco que el del vestíbulo, cosa que Santiago hubiese considerado imposible cinco minutos antes: era el escribano; el otro, regordete, pequeño, rechoncho, sonriente, de fisonomía jovial: era el juez.

La sonrisa de éste y la de Aubry se correspondieron; Santiago estuvo á punto de dar un apretón de manos al juez; tanta era la simpatía que hacia él experimentaba.

—¡Eh, eh!—dijo el funcionario mirando á Aubry.

—Sí, señor—contestó éste.

—Me parecéis, efectivamente, un buen mozo—añadió el magistrado—. Veamos, caballerito; tomad asiento.

Santiago cogió una silla, se sentó cruzando las piernas, y se contoneó alegremente.

—Vamos á ver, señor escribano—añadió el

juez restregándose las manos—, vamos á ver qué dice la declaración de la denunciante.

El escribano se levantó, y gracias á su extraordinaria estatura, pudo alcanzar, formando un puente con su cuerpo, el expediente de Santiago Aubry, que estaba en el otro extremo de la mesa, entre un montón de papelotes.

—Esto es—dijo.

—De qué se queja? ¿Quién es la denunciante?

—Gervasia Perrette Popinot—leyó el escribano.

—La misma—añadió Aubry moviendo la cabeza de arriba á abajo.

—Menor—continuó el escribano—, de diez y nueve años de edad.

—¡Oh! ¿Menor?...—exclamó Aubry.

—Así resulta de su declaración.

—¡Pobre Gervasia!—murmuró el denunciado—. Razón tenía al decirme que estaba tan confusa, que ignoraba lo que había contestado. A mí me ha confesado que tiene veintidós años. ¡En fin, vaya por los diez y nueve!

—¿De modo, mocito—dijo el juez—, que estáis acusado de haber seducido á una menor de edad? ¡Je, je, je!

—¡Je, je, je!—repitió Santiago compartiendo la hilaridad del juez.

—Con circunstancias agravantes—continuó el escribano interrumpiendo con su áspero timbre de voz las risueñas exclamaciones del acusado y del juez.

—Con circunstancias agravantes—repitió éste.

—¡Pardiez!—pensó Aubry—. Me gustaría conocer esas circunstancias.

—Como la denunciante permanecía insensible desde hacía seis meses á todos los ruegos, á todas las seducciones del acusado...

—¿Desde hacía seis meses?—interrumpió Santiago—. Perdonad, señor, creo que en eso hay algún error.

—¡Desde hacía seis meses, caballero! ¡Está escrito!—contestó el hombre negro en tono que no admitía réplica.

—Bueno. Paso por los seis meses. Razón tenía Gervasia...

—El llamado Santiago Aubry, exasperado por su indiferencia, la amenazó...

—¡Oh, oh!—dijo Aubry.

—¡Oh, oh!—repitió el juez.

—¡Pobre Gervasia!—continuó Santiago habiéndose conigo mismo—. ¿Pero dónde tendría ella la cabeza?

—Pero—continuó el escribano—la Gervasia Perrette Popinot opuso á las amenazas una actitud tan digna y tan resuelta, que el audaz seductor la pidió perdón y la prometió arrepentirse.

—¡Ah, ah!—murmuró Santiago.

—¡Ah, ah!—dijo el juez.

—Pero—siguió el escribano—este arrepentimiento sólo fué simulado. Por desgracia, la denunciante, con su inocencia y su candor se dejó engañar, y una noche que había accedido á cenar en compañía del acusado, éste vertió en el agua de beber...

—¿En el agua?—interrumpió Aubry.

—La denunciante ha manifestado que no bebe vino. El acusado mezcló en el agua de beber una poción embriagadora.

—¿Pero qué estáis leyendo, señor escribano?

—La declaración de la denunciante.

—¡Imposible!—replicó Aubry.

—¿Está escrito?—preguntó el juez.

—Está escrito.

—Seguid.

—El caso es—pensó el acusado—, que cuanto más culpable resulte yo, más seguro estaré de reunirme con Ascanio en el Châtelet. Pase, pues, la poción. Seguid, señor escribano.

—¿Lo confesáis?—preguntó el juez.

—Lo confieso.

—¡Ah, picarón!—exclamó el magistrado restregándose las manos nuevamente y echándose á reír.

—De suerte—continuó el escribano—, que la pobre Gervasia, perdida la razón, acabó por confesar á su seductor que le amaba.

—¡Ah!—exclamó Aubry.

—¡Ah, picarón!—dijo el juez, cuyos ojos brillaron.

—¡Pero si no hay una palabra de verdad en todo eso!

—¿Negáis?

—¡Claro está!

—Escribid—dijo el juez—que el acusado niega ser culpable de los hechos que se le imputan.

—¡Un momento! ¡Un momento!—exclamó Santiago, pensando que si negaba su culpabilidad no le encarcelarían.

—¿Entonces no negáis del todo?

—Confieso que algo de eso es verdad, si no en la forma, en el fondo.

—Puesto que habéis reconocido que es cierto lo del brebaje, bien podéis confesar lo demás.

—Tenéis razón; ya que he confesado lo del brebaje embriagador, confieso lo demás... ¡Por vida de Gervasia!

—Aún no hemos concluido—dijo el escribano.

—¿Todavía hay más?

—El crimen de que se había hecho culpable el acusado tuvo consecuencias muy serias. La desgraciada Gervasia advirtió que iba á ser madre...

—¡Por eso sí que no paso! ¡Es demasiado!

—¿Negáis la paternidad?—preguntó el juez.

—No sólo niego la paternidad, sino el embarazo.

—Escribid—dijo el magistrado—. No sólo niega la paternidad, sino el embarazo. Se practicarán las averiguaciones necesarias para poner en claro este punto.

—¡Un momento!—se apresuró á decir Aubry, comprendiendo que si se demostraba que Gervasia había mentido en un solo detalle se venía al suelo toda la trama—. ¿Ha dicho Gervasia lo que acaba de leer el señor escribano?

—Palabra por palabra—respondió éste.

—Pues si lo ha dicho... Si lo ha dicho...

—¿Qué?

—Debe de ser verdad.

—Escribid, que el acusado se reconoce culpa-

ble de todos los hechos consignados en la denuncia.

—¡Pardiez!—pensaba Santiago—. Si á Ascanio le encierran ocho días en el Châtelet por haber hecho el amor á Colomba, á mí que he hecho el amor á Gervasia, que la he engañado, que la he embriagado y que la he seducido, me condenarán á tres meses de cárcel lo menos. Lo que yo quiero es que me lleven al Châtelet.

—¿De modo—preguntó el juez—, que confesáis todos los crímenes de que se os acusa?

—Los confieso, señor—respondió Santiago sin vacilar—. Esos y todos los que queráis. Soy un gran culpable; no tengáis compasión de mí, señor juez.

—¡Imprudente!—dijo el juez en el mismo tono en que los tíos de comedia riñen á sus sobrinos—. ¡Imprudente, picaruelo!

Luego dejó caer su cabeza redonda y encarnada, reflexionó profundamente, y al cabo de un momento, dijo levantando la mano derecha con el dedo índice extendido.

—Considerando (escribid, señor escribano). Considerando que el llamado Santiago Aubry ha declarado haber seducido á la joven Gervasia Perrette Popinot, con dulces promesas y mentidas palabras de amor, condenamos á dicho Santiago Aubry á veinte escudos de multa, á encargarse de la educación del niño, si es varón, y á las costas.

—¿Y la cárcel?—exclamó Aubry.

—¿Cómo la cárcel?

—¡Claro está! ¿No me condenáis á ser encarcelado?

—No.

—¿No vais á enviarme al Châtelet como á Ascanio?

—¿Quién es Ascanio?

—Un discípulo del maestro Benvenuto Cellini.

—¿Qué ha hecho?

—Ha seducido á una muchacha.

—¿Y quién es ella?

—La señorita Colomba de Estourville, hija del preboste de París.

—¿Y qué?

—Que es una injusticia; que si ambos hemos cometido el mismo crimen, no debe ser el castigo diferente. ¿Es decir, que á él le enviáis á la cárcel y á mí me condenáis á veinte escudos de multa? ¿Acaso no hay ya justicia en este mundo?

—Al contrario—contestó el juez—; sucede así porque hay justicia y bien entendida.

—¿Qué decís?

—Hay honra y honra, caballero. La honra de una señorita se paga con la cárcel; la de una obrera con veinte escudos. Si queráis que os llevaran al Châtelet teníais que haber seducido á una duquesa por lo menos.

—¡Pero eso es espantoso, inmoral, abominable!

—Amigo mío, pagad la multa y marchaos.

—Ni pagaré la multa, ni me iré.

—Entonces llamaré á dos guardias para que os lleven á la cárcel hasta que paguéis.

—Eso es lo que yo quiero.

El juez llamó á dos guardias, y cuando entraron, les dijo:

—Llevaos este hombre á la prisión de los Carmelitas.

—¿A los Carmelitas?—dijo Aubry—. ¿Y por qué no al Châtelet?

—Porque á los deudores no se les encierra en el Châtelet, que es fortaleza real, y solo se encierra en ella á los que han cometido algún crimen espantoso.

—Esperad, esperad—dijo Aubry.

—¿Qué es ello?

—Desde el momento que no es al Châtelet donde me llevan, prefiero pagar la multa.

—Si pagáis no hay nada de lo dicho. Retiraos, guardias; va á pagar.

Salieron los dos soldados y Aubry sacó de su escarcela veinte escudos que colocó en fila en la mesa del juez.

—Ved si está bien la cuenta—dijo éste al escribano, el cual se levantó, describió con su cuerpo un arco de círculo que comprendía la mesa y los papeles que estaban en ella. En tal actitud parecía un sombrío arco iris.

—Está bien—dijo.

—Entonces, retiraos, joven—dijo el juez—, y dejad pasar á otros. La justicia no puede ocuparse de vos solamente.

Santiago comprendió que no le quedaba nada que hacer allí y se marchó desesperado.

XXXII

SANTIAGO AUBRY ADQUIERE PROPORCIONES ÉPICAS

—¡Ah, pardiez!—decía para sí el curial, saliendo del Palacio de Justicia y atravesando maquinalmente el puente de los Molinos, que conducía casi á frente del Châtelet—. Me gustaría saber lo que dirá Gervasia cuando sepa que su honra ha sido tasada en veinte escudos. De fijo que supone que he sido indiscreto y he hecho revelaciones desagradables para ella. Si lo piensa es capaz de sacarme los ojos. ¿Pero qué estoy viendo?

Lo que veía Santiago era un paje de aquel caballero tan amable al cual acostumbraba á comunicar sus secretos y á quien consideraba como su más cariñoso amigo. El paje estaba recostado en el parapeto del río y se entretenía en jugar con unas piedrecillas.

—¡Esta sí que es una buena oportunidad! Mi amigo, cuyo nombre no conozco, pero que me parece que tiene muy buenas relaciones en la corte, podrá influir tal vez para que me encierren en la cárcel. La Providencia me envía á su paje, para que yo sepa dónde puedo encontrarle á él, cosa que de otro modo me sería muy difícil, puesto que no sé cómo se llama ni dónde vive.